

Soy mamá de un niño Azul

Y ahí está, llegó el día que tanto había tratado por todos los medios de retrasar, quizá de manera inconsciente (ahora lo entiendo y lo veo así), ¡ya no había zapatos que le quedaran a mi hijo!

Todos los pedidos que había hecho por las plataformas de compras como Amazon, mercado libre, shein, ¡el que te imagines! No eran de su gusto, no le acomodaban, no quería ni caminar con ellos.

Solo había una marca y modelo específico que al usarlos parecía no incomodarle, zapatos que una tía de estados unidos nos había mandado (de uno de sus nietos) que habían quedado completamente nuevos y que, aquí en México, solo los venden en una de estas tiendas departamentales gigantes y “fancys” como digo yo.

La pandemia llegó y nos pegó fuerte, no solo en el aspecto de salud, también en el emocional y personalmente en el económico; Mi esposo, que tenía su empresa por más de 25 años tuvo que cerrar. No había trabajo suficiente para pagar gastos de sueldos y rentas, así como todos los compromisos que teníamos encima, no nos fue posible mantener el ritmo por más del año que llevamos en esa ola inmensa llamada COVID-19.

Cuando comenzó la pandemia mi niño tenía 7 meses (hoy tiene un poquito más de 2 años), aún no caminaba, era un hermoso bebé aprendiendo a sentarse, gritón como todos y deseoso en todo momento de ser cargado por sus papás. Comenzó a dar sus primeros pasitos de manera normal hasta el punto que se volvió un experto en correr y ¡ahí fue donde comenzó el problema de los zapatos!

- Quizá le quedan apretados - le decía yo a mi esposo.

El material es muy duro, la suela no es la correcta, el modelo no es para su edad. No entendía ¿por qué el tema de los zapatos se había vuelto tan relevante en nuestra vida diaria? Y hoy, después de estar encerrados tanto tiempo sin salir a ningún lugar, guardando la sana distancia, tenía que ir a comprar esos zapatos específicos, en esa enorme tienda, con mi pequeño al que yo (en ese momento) denominaba un “torbellino”.

- ¡Hey amor! Tengo esa tarjeta de regalo que me dieron en mi cumpleaños el año pasado – le dije a mi esposo.
- No cubrirá al 100% el costo de los zapatos, pero será una gran ayuda.

Tomé un suspiro hondo y subí al coche mi pañalera, bolsa, cartera, toallitas, desinfectante, cubre bocas, silla de auto, “snack” por si le da hambre, botellita de agua por si le da sed, un carrito, un juguete que hace sonido, un libro, ¡de todo!, iba como un buen soldado a la guerra preparada con suficiente artillería para cubrir cualquier necesidad, y me sentía muy confiada (¡JA y doble ja! no podría haber estado más equivocada).

Me lancé a la tienda, a esa en la que uno va con sus mejores prendas de ropa, en la que el maquillaje y peinado van impecables y en la que también por supuesto existe un código de “conducta” más allá del correctamente establecido.

En el camino mi niño iba feliz, el movimiento de los coches lo hacen sorprenderse y el balanceo del auto lo hace ir repitiendo una y mil veces la palabra “Coi Coi Coi”. Al llegar bajé mi carriola y todas

mis provisiones, eso sí, acomodándolas de manera estratégica para tener un rápido acceso a ellas en cualquier momento o urgencia, porque sí, ¡mi inconsciente sabía que podría haber una urgencia!

- “Coi, Coi, Coi” – repetía mi niño
- Es una buena señal – pensé – el “coi, coi, coi” quiere decir que está tranquilo y contento, por lo que ¡vamos bien!
- ¡Mira mi amor! – le decía a mi pequeño – hay muchas decoraciones, todo se ve muy bonito.

Todo parecía tal cual lo había planeado. En mi cabeza el proceso era sumamente rápido:

1. Subir al niño a la carriola – “check”
2. Entrar a la tienda rapidísimo – “check”
3. Llegar al departamento de niños – “check”
4. Solicitar “ESE” modelo de zapato y el número que necesitaba
5. Probárselos.
6. Pagar.
7. Salir rapidísimo de la tienda y regresar a casa.

Hasta el momento íbamos perfecto en el número 3 – palomita y caritas felices para mi lista.

Llegando al número 4, fue cuando comenzó a complicarse la situación.

- Disculpe señorita, estoy buscando este modelo de zapato en número 15 si fuera tan amable.
- Claro – déjeme ir a bodega a traer el número.
- Muchas gracias – le contesté yo con una voz ya un poco nerviosa.

De repente el “coi, coi, coi” dejó de sonar, mi niño, como todos en un lugar nuevo, quería desesperadamente bajarse de la carriola, por lo que comenzó a hacer movimientos continuos y forzados para soltarse.

- ¡Oh no! – pensé – bajarlo de la carriola no era parte de la lista, quizá si lo cargo no habría ningún problema.

Mi pequeño en cuanto comprendió que mamá no lo bajaría a explorar, comenzó a enojarse (ese torbellino que comenté con anterioridad ¡no de gratis lleva ese nombre!), por lo que al sentirse molesto comenzó hacer ruidos más altos de volumen, SI, de esos en los que la gente de alrededor te voltea a ver con cara de desaprobación.

- ¡Va pues!, camina un poco – le dije y lo bajé.

Obviamente el chiquillo comenzó a correr por todos lados, a tocar todo, a querer subirse a los estantes y alcanzar aquél zapato más alto de toda la exhibición.

- ¡Por Dios!, que ya regrese la señorita – era mi pensamiento constante.

Dividía mi mirada entre mi niño y la puerta por la que debería salir aquel par de zapatos que necesitaba con urgencia probarle a mi hijo y pagar. Yo sabía que estaba ante una bomba de tiempo, ¡y el tiempo de “gracia” otorgado no sería mayor a 5 minutos para realizar todo!

- Vamos, vamos, mira, que te traje tu carrito favorito, vamos a jugar con él en el sillón.

Lo tomé del brazo, y en ese momento, como una granada que le han quitado el seguro, mi pequeño de tan solo 2 años estalló.

La serie de gritos “incorrectamente permitidos en la tienda fancy” se llegaban a escuchar por todo el almacén. Las miradas de las personas a mi alrededor ya no solo eran de una manera disimulada, eran directas y con facciones muy des aprobantes.

Mi pequeño comenzó a tirar todo a su alrededor, zapatos caían del estante uno tras otro, esos zapatos que ni con 10 tarjetas de regalo más iba a poder pagar si se dañaban.

Mi artillería estaba lejos, no tenía a la mano más que mi celular, el cual cayó al piso cuando quise levantar a mi niño, y seguían los gritos, mientras me sentaba con él en el sillón para tratar de calmarlo, lo cual ¡yo sabía en ese punto que ya sería imposible!

Una serie de manotazos comenzaron a brotar como proyectiles ejecutados por esas pequeñas manitas, hacia mí y hacia él. Ya no había marcha atrás, esos denominados “episodios” habían comenzado. Gritos y más gritos, llanto, mucho llanto, tiradero de zapatos, ese era mi panorama, ¡ah! Y gente, mucha gente observándonos con cara de susto y molestia.

Entre toda mi desesperación, de repente escuché la voz de un hombre vestido con traje, radio y audífonos en el oído que me decía.

- Señora, ¿está todo bien?

Y detrás de él llegaron otros 2.

- ¿Bien?, ¿bien? – pensé, quien les haya dado el entrenamiento a estos guardias no les dio por entrar al segmento de preguntas relevantes en caso de emergencia!
- No, no está bien – contesté, solo estoy esperando un par de zapatos para probarle a mi hijo. (y estoy segura que mis palabras no fueron suficientemente claras por todos los movimientos desesperados que estaba haciendo por calmar a mi niño)
- Él, ¡él es AUTISTA!

Y ahí, en ese momento mi corazón se quebró, mi voz se rompió, y me vino a la cabeza el recuerdo de su pediatra en el que me decía que había notado ciertos aspectos que encajaban en un diagnóstico del denominado espectro autista. El cuál al escucharlo no fue más que de negación, comencé a dudar de la capacidad médica del pediatra y de todas sus especialidades, eso ¡no podía ser cierto!, él estaba mal y toda la serie de estudios que estaba sugiriendo eran incomprensibles en mi cabeza y muy ciertamente en mi cartera. Tenía que haber otra explicación, y estaba decidida a pedir una segunda opinión.

Yo, no podía dejar de llorar, mi etapa de duelo ante el diagnóstico no estaba completa, no lo quería entender, y fue en ese momento, en esa tienda “fancy” cuando mi inconsciente se hizo consciente y lo comprendí.

Pero lo más doloroso además de ver a mi hijo estallando incontrolablemente, fue la reacción de todas las personas mi alrededor, ¡vaya éramos el espectáculo del momento!; Mi pequeño ya no solamente era un niño “azul” como lo denominan de manera “bonita” a su condición, en automático

se convirtió en un fenómeno en cuanto la gente escuchó el término “autismo”, fue como si además de ser azul comenzaran a salirle 7 cabezas más y 32 brazos.

De manera muy “educada” el guardia de seguridad se me acercó y me indicó que no me preocupara por el tiradero y que si quería podrían llevarme a un espacio “más relajado” para que pudiera probarle los zapatos tan ansiados que quería para mi hijo.

No supe que hacer, y sin darme otra opción cuando reaccioné ¡ya tenían en mano mi carriola con mis cosas! y se las llevaban, sin haberme preguntado antes, a ese espacio “relajado” que no era más que un probador con una señal de discapacidad en la puerta. No fueron amables, no fueron comprensivos, no fueron empáticos, la urgencia era acabar el espectáculo que NO estaba permitido en los almacenes con ese nombre. Me sentí violentada, no de manera física, de manera emocional, de manera psicológica, de esa que te deja el recuerdo y muy mal sabor de boca.

A ese momento mi pequeño ya estaba un poco más controlado, había logrado alcanzar su vaso de agua y se lo había dado para calmarlo un poco, agua que al momento él de probarla, como arte de magia lo calmó pues su garganta estaba tan irritada que lo hizo sentir mejor.

Aquel peinado y maquillaje pulcros y perfectos estaban tan desvanecidos en el reflejo del espejo del probador; Había un silencio de voces, pero alcanzaba perfectamente a escuchar los pitidos de los radios de los guardias quienes rápidamente seguían instrucciones de acomodo de aquella exhibición de zapatos que había sido, en tan solo 3 minutos, desacomodada por completo. Estábamos ahí, guardados en un vestidor esperando a que llegaran ESOS zapatos.

Y llegaron, tan rápido como fue posible la señorita entró no solo con el modelo que había solicitado, sino con 4 modelos más, porque según ella así no haría esperar más a mi pequeño en traer otros por si no le quedaban, en mi cabeza fue (así no hace más destrozos su hijo).

Logré comprar los zapatos, salí de ahí lo más rápido que pude y me subí al coche desecha, no solo en el aspecto físico (que ya daba mucho que desear después del ajeteo dentro de la tienda), sino del emocional. Encendí en coche, prendí el radio y nuevamente al sentir ese balanceo comencé a escuchar “coi, coi, coi”.

Mi alma se alegró por él, porque tenía sus zapatos nuevos, y porque sabía que mi bebé “azul” había logrado salir de su episodio y estaba contento; Episodios que le dan varias veces al día o quizá en uno muy excelente ninguno.

Pero también me sentía rota, enojada, y si la palabra correcta llega en estos momentos de escribir esto es “desamparada y violentada”. Nadie, ¡absolutamente nadie! al momento de escuchar la palabra autismo, se acercó a ofrecer ayuda, ¡vaya! Éramos varias mamás ahí, ¿Qué no se supone que estamos para apoyarnos?, ¿Qué la pandemia no nos ha enseñado nada?

Hoy mientras escribo estas palabras, y vuelvo a vivir esa experiencia comprendo que debí haber dicho algo, debí haber exigido que no nos apartaran y que no nos hicieran sentir tan inapropiados en una tienda solo por tener un gran nombre. Para mí la sensación de sentirme obligada y violentada no se me olvida, y es por eso que quisiera compartir ¿Qué puedes hacer si en algún momento te encuentras con otra mamá azul por ahí y su niño se encuentra en una crisis?

1. Si no estás dispuesto ayudar, por favor no juzgues, ese mal momento de incomodidad te lo estás llevando tú por un “momento”, ella se lo estará llevando por toda la vida.
2. Si quisieras hacer algo, puedes acercarte a preguntar si necesita algo, si le puedes alcanzar algo de su “artillería pesada” para calmar a ese corazón azul. Estoy segura que, si tan solo me hubiera ayudado alguien a alcanzarme esa botella de agua, el episodio de mi pequeño hubiera sido muy corto.
3. No discrimines, no aísles, no violentes. Hubiera sido mucho más bonito sentir que esos guardias con trajes oscuros hubieran estado ahí para ayudarnos y no para evitarnos o aislarnos.
4. Ser un bebé azul no quiere decir que viven en su mundo, quiere decir que ¡en su mundo viven en el nuestro!
5. Ser un bebé azul no quiere decir que te va atacar, te va a molestar o te va a contagiar; Quiere decir que solo necesita un poco más de tiempo para asimilar el entorno en el que se encuentra. A ellos les molesta el exceso de luz, de brillo, de ruido, de gente, depende mucho del nivel o grado del que se encuentren en el espectro.

Como tú, yo también voy aprendiendo cada día lo que es el autismo, nos encontramos actualmente en proceso de diagnóstico y de ahí seguirán las terapias que tenga que llevar mi pequeño para ayudarlo a comunicarse.

Pero también como tú, conozco lo que es la empatía, la generosidad, la inclusión y sobretodo el amor. Ya sea hacia un hijo, o hacia una mamá o amigos, ¡úsalo! Es gratuito y no te quita nada aplicarlo.

Y para esa mamá que, en algún momento del episodio de mi hijo, volteó con su adolescente y le dijo “pues si sabe que está enfermo y se pone así, para que lo trae y se exhibe”, solo quisiera decirte que agradezcas todas y cada una de las mañanas con todo el amor posible que tu hija está bien y está sana y no es discapacitada.

¡Seamos humanos, seamos personas, seamos unidos!, pero sobre todo seamos incluyentes y empáticos, agradezcamos todos los días que, a pesar de haber pasado una pandemia tan fuerte, ¡seguimos de pie y vivos!

Yo por mi parte, seguiré aprendiendo y conociendo más a ese corazón azul que vino a iluminar nuestra vida. Seguiré siendo mejor persona, mejor mamá y sobre todo un mejor ser humano.

Anónimo.